

15 V 19

Silvia Sirkis - Ilustraciones: Tomi Hadida y Walter Davenport



A Vincent le gustan los colores

un cuento para conocer a Vincent Van Gogh

800.9282
SIR
5887

Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

Así me gusta a mí **2**

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA / EN CASO DE VENTA, DENUNCIAR AL TEL. 0800.999.3672



Idea original y textos: Silvia Strus

Ilustraciones: Tomi Hadida y Walter Davenport



A Vincent

le gustan los colores

un cuento para conocer a Vincent Van Gogh





Vincent nació en un pequeño pueblo de Holanda, rodeado de campos prolijamente sembrados, de molinos de viento de aspas gigantescas y de esforzados campesinos calzados con zuecos de madera. Vivía con su papá, su mamá y varios hermanos. De todos ellos, con quien mejor se entendía era con su hermano Theo. Vincent disfrutaba contándole todo lo que pensaba y sentía. Theo escuchaba con entusiasmo y admiración.

Vincent amaba la naturaleza, y no tanto la escuela ni la estricta vida familiar. Le gustaba observar las formas y los colores de cada flor, le gustaba mirar hacia el cielo y descubrir las caprichosas siluetas de las nubes siempre cambiantes; le gustaba ver los campos recién cultivados, las prolijas líneas donde caían las semillas y, sobre todo, mirar con atención a quienes sembraban.

Porque si bien a Vincent le gustaba mucho la naturaleza, también le interesaba la gente, en especial, aquellos que hacían trabajos pesados, aquellos de vidas más difíciles.

“Cuando sea grande, quiero hacer más bella la vida de las personas, quiero trabajar en algo que las haga sentir felices”, pensaba, pero no se le ocurría cuál podría ser ese trabajo.





Vincent y Theo



En Holanda nacieron y vivieron muchos pintores. El arte siempre estuvo presente en ese país, y también en la casa de Vincent. Su tío se dedicaba a vender cuadros para una gran compañía con oficinas en muchas ciudades importantes. Cuando el tío Cent visitaba a la familia, contaba sobre los artistas que había conocido y las pinturas que había vendido. “¡Qué buena ocupación!”, pensaban todos. Por eso, cuando Vincent cumplió dieciséis años lo mandaron a trabajar con su tío.

Vincent dejó su casa y viajó a la ciudad donde lo esperaba su empleo de vendedor de cuadros. El trabajo le gustó, pero extrañaba mucho a Theo. Empezó a escribirle largas y bien escritas cartas donde le contaba lo que veía y aprendía. Porque esa era una época en que todo se contaba por carta; todavía no existía la compu, y al teléfono recién lo estaban inventando, muy lejos de Holanda.

Theo leía y guardaba cada carta. “Vincent es muy inteligente. Ve cosas que los demás no ven”, pensaba Theo. No sabía explicarlo bien, pero estaba seguro de que su hermano mayor era especial.

Querido Vincent

Para Theo



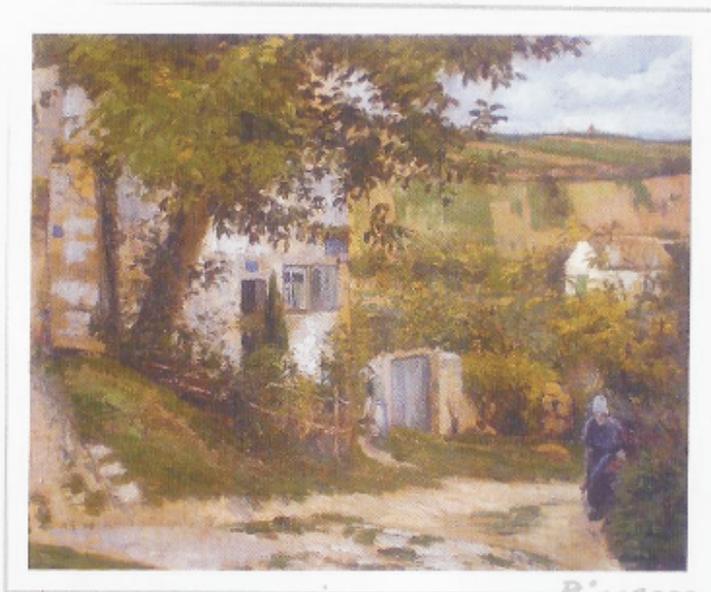
Poco después, Theo también empezó a trabajar junto al tío Cent. Lo hacía muy bien, y pronto lo mandaron al negocio de París. En cambio, Vincent estaba aburrido. Recordarán que él quería un trabajo que hiciera a la gente más feliz, y si bien tener un cuadro en casa puede ser algo especial, a él no le parecía estar ayudando mucho.

“Contar bellas historias de la Biblia a aquellos que sufren, ¡eso es hacer algo bueno por la gente!”, pensó, y viajó a oscuras minas de carbón, donde trabajaban duramente familias enteras, padres y chicos. Conmovido, les regaló todo lo que llevaba y trató de embellecer sus vidas con sus relatos, pero tampoco quedó conforme con este trabajo.

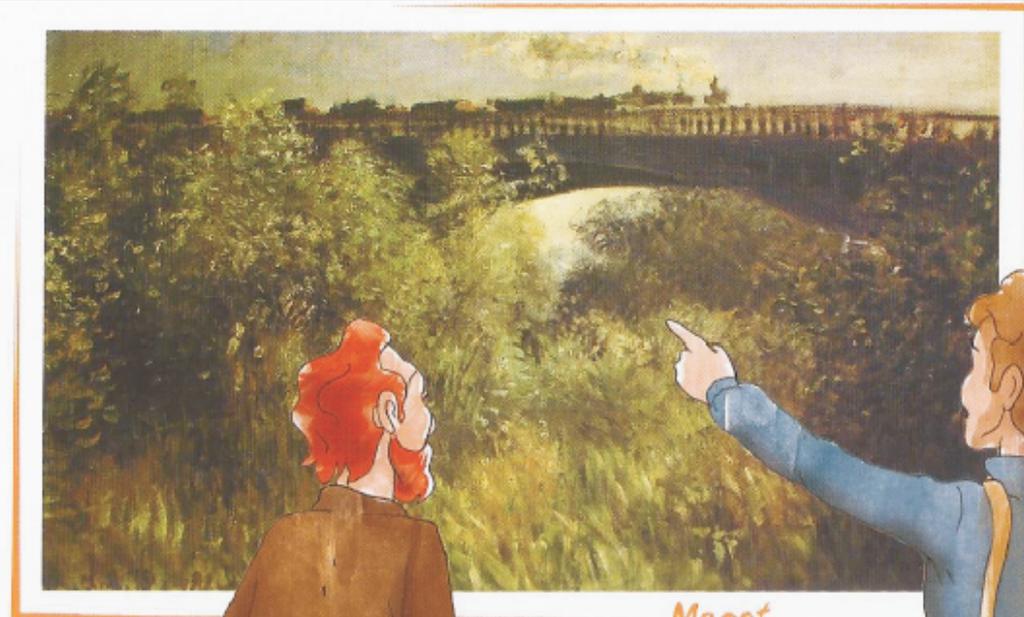
Lentamente, fue convenciéndose de que debía dedicarse a la pintura. “Theo puede vender mis cuadros en París”, pensaba mientras pintaba campesinos en sus tareas cotidianas, con carbón, tinta y tiza negra.

“Querido hermano: tus cuadros son hermosos pero muy oscuros, es difícil venderlos. Acá, los artistas usan más color”,

le escribió Theo. Vincent, sin perder un minuto, juntó sus pinceles y sacó un pasaje para visitar a su hermano.



Pissarro



Monet

Cuando Vincent llegó a París, aún faltaban tres años para que el ingeniero Eiffel construyera su famosa torre. Theo tenía un pequeñísimo departamento arriba de una colina, cerca de un molino que le recordó a Holanda. El barrio se llamaba Montmartre y era el preferido de todos los artistas que llegaban a la ciudad. Theo, que parecía conocerlos a todos, se los fue presentando, y en poco tiempo Vincent se había hecho buenos amigos artistas, como Paul Gauguin, ese de bigotes, que contaba historias sobre extraños lugares lejanos.

También Theo le mostraba los cuadros más modernos. "Esto sí que es diferente, me gusta mucho", pensaba Vincent mientras miraba los cuadros del pintor Monet, llenos de color y pinceladas cortas.





Seurat

A Monet, por mostrar
sus impresiones,
lo llamaron impresionista.
A Seurat, puntillista,
ya te imaginás por qué.

“¡Esto es fantástico!”, gritaba Vincent mientras veía cuadros del pintor Seurat, que pintaba solo con puntitos, miles, millones de minúsculos puntitos.

Lo que más le gustaba de esos cuadros era que aunque en ellos veía un tren, un árbol o flores en un campo, nada tenía un contorno

definido. Porque a estos artistas no les importaba tanto mostrar las cosas tal cual eran, sino la impresión que tenían de ellas en ese momento exacto: cómo las iluminaba el sol o cómo se reflejaban en el agua. Para eso salían a pintar al aire libre, que no era lo que acostumbraban hacer los pintores serios de aquel entonces.

El Molino de la Galette

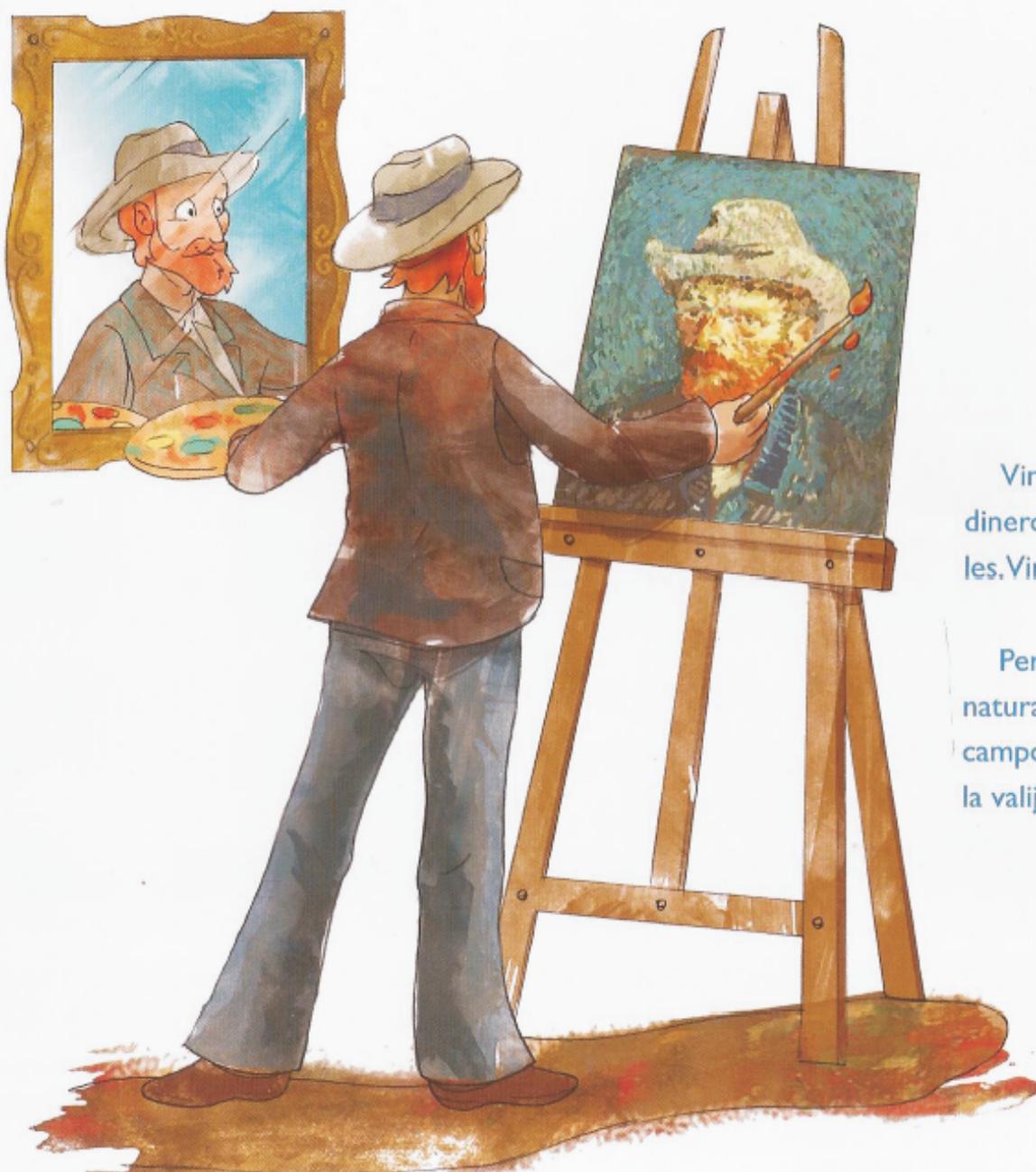


Después de mirar muchos cuadros, Vincent se puso a trabajar. Primero pintó lo que veía desde su ventana (y lo pintó con puntitos como Seurat). Después salió con su caballete y su paleta a pintar el paisaje de Montmartre, con molino y todo.

“Theo, ¿vendiste alguno de mis cuadros?”, preguntaba cada tanto a su hermano. La respuesta siempre era no.

Vincent pensó que tal vez debía dedicarse a pintar retratos. Y se puso a practicar. Compró un espejo para mirarse y pintó uno, dos, tres, veinte cuadros de sí mismo.

Pero nadie tampoco se interesó por los retratos.



Vincent seguía pintando. Theo le daba el dinero para vivir y para comprar nuevos materiales. Vincent, a cambio, le daba todas sus pinturas.

Pero un día se cansó de París, extrañaba la naturaleza y estaba convencido de que en el campo iba a tener más temas para pintar. Puso en la valija sus pinceles y viajó al sur.



“¡Qué lindo pueblo!”, pensó al llegar a Arles, “Aquí me quedo”.

Será porque en Arles el sol brilla más que en Holanda y que en París o porque después de tanto pintar Vincent ya había entendido cómo hacer más bella la vida de la gente, no sabemos. Lo que es seguro es que, en Arles, los cuadros de Vincent explotaron de color. Azul, naranja, verde, amarillo, mucho amarillo. Vincent usaba colores muy brillantes, y también pinceladas cortas, como había visto en París, pero mucho más cargadas de pintura.

Las cartas entre Theo y Vincent nuevamente iban y venían. “Theo, ahora sí haré cuadros hermosos que podrás vender para recuperar todo el dinero que me has prestado”, escribió Vincent. Y llenaba las hojas con dibujos de los cuadros que había hecho y que pensaba hacer.

De París, solo extrañaba una cosa: las charlas con sus amigos artistas con quienes hablaba sobre colores y formas de pintar. Entonces, envió cartas a todos para invitarlos a vivir con él y alquiló una casa amarilla con lugar para recibirlos. Así andaba, muy solo, pintando, pintando y esperando a sus amigos, cuando conoció a un señor de larga barba muy graciosa que caía en dos puntas (barbas divertidas como esa hoy no son fáciles de encontrar).



Era el cartero, Roulin. Se hicieron amigos, y Vincent, con cariño, pintó retratos de toda la familia.

Vincent le seguía insistiendo a su amigo Gauguin para que se mudara a Arles, pero Paul no se decidía, porque su sueño era viajar y pintar en tierras exóticas. Pero finalmente llegó, y Vincent lo recibió feliz. Le mostró todos los cuadros que había hecho (¡que eran muchísimos!) y le dio a Paul los que había pintado para decorar su cuarto: jarrones con amarillísimos girasoles.



Paul y Vincent pintaron y charlaron mucho, pero los amigos no se llevaron bien. Un día, tuvieron una gran pelea, y Paul volvió a París. Vincent quedó tan pero tan, tan triste que tuvo una horrible idea: cortarse el lóbulo de una oreja. "¡Es un loco!", dijeron los vecinos. Y Vincent, dándose cuenta de que necesitaba ayuda, tomó sus pinceles y se fue a un hospital.



En el hospital, Vincent no paró de pintar. Pintaba de día pintaba de noche.

Y una noche, justamente, pintó la noche. Pero se ve que cuando la pintó ya no estaba tan triste, porque su pincel bailó al ritmo de esa hermosa noche estrellada, donde las nubes viajaban como suaves remolinos, las estrellas titilaban a coro y la luminosa luna cuarto creciente brillaba deseando copiar al sol.



Cuando dejó el hospital, viajó a un pueblo cercano a París, adonde Theo, que ya estaba casado y tenía un hijo, podría visitarlo. Y ahí siguió haciendo lo único que sabía: pintar y pintar. El pincel de Vincent cada vez pegaba más saltitos mientras dibujaba el paisaje. Las casas en sus pinturas parecían no tener ninguna línea recta. Hasta la iglesia del pueblo, muy gris y muy seria, se volvió colorida y juguetona en uno de sus cuadros.

Sin embargo, Theo aún no podía vender sus pinturas; solo una había conseguido vender. Vincent, profundamente entristecido, murió muy joven dejando montones de bellos e incomprensidos cuadros.

Parece un final triste, pero esperen, porque la historia aún no termina.





¿Qué pasó después?

Todos los bellos e incomprensidos cuadros que Vincent pintó quedaron en casa de Theo, quien estaba seguro de que eran muy valiosos. Así lo explicó a su esposa Johanna, y se ve que ella lo escuchó con atención, porque, cuando Theo murió, guardó cuidadosamente cada carta y cada cuadro y los llevó de regreso a Holanda. Poco a poco, Johanna empezó a mostrarlos, a hacer pequeñas exposiciones. Y ¿saben qué pasó? La gente empezó a mirarlos con interés; es más, muchos pensaron que Vincent era un pintor genial. Gracias a la esposa de Theo, los cuadros de Vincent se hicieron muy conocidos.

Johanna vendió algunas pinturas, pero dejó a su hijo un montón de cuadros y dibujos junto con todas las cartas. Él también cuidó muy bien de la obra de su tío, que a estas alturas era famosísimo. Cuando se dio cuenta de que estaba muy grande para seguir cuidándola, decidió que el mejor lugar para el legado de Vincent era un museo. Y así nació el Museo Van Gogh, en la ciudad holandesa de Ámsterdam, adonde van muchos chicos que quieren ver de cerca los jarrones con girasoles, los retratos y los paisajes coloridos.

casas de Amsterdam



A nosotros, Amsterdam nos queda muy lejos, y hoy un cuadro de Vincent Van Gogh es tan, tan caro que lo pueden comprar muy pocas personas en el mundo. Sin embargo, hay muchos cuadros de Vincent en museos de otros países; por ejemplo... ¡en la Argentina! En el Museo Nacional de Bellas Artes hay un cuadro que Vincent pintó en París, ese que viste algunas páginas atrás, con molino y banderita francesa. En el mismo museo podés ver un cuadro de Monet y otros de la misma época, cuadros que seguro Theo mostró a Vincent cuando llegó a París.

Si vas al museo también vas a ver un cuadro de Paul Gauguin, el amigo que visitó a Vincent en Arles. Y te vas a dar cuenta de que cumplió su sueño de viajar a tierras exóticas. Viajó a Tahití, lejos, muy lejos de Francia, y pintó a las mujeres del lugar, de largos cabellos negros.

Y, ahora sí, colorín colorado, pero la historia de Vincent no ha terminado: sus cuadros continúan cantando color y hermoheando el mundo.

Fin